



Amor de padres: el camino hacia el amor de Dios

Las analogías son necesarias para hablar de Dios, pues lo natural es que los hombres entendamos lo que no vemos a partir de aquello que vemos y nos es asequible. **Pág. 4**

EL VERDADERO REGALO DE LA NAVIDAD

Los pastores de Belén fueron los primeros en descubrir el gran regalo que el mundo recibió con el nacimiento de Jesús. Luego correspondió a unos magos, audaces y estudiosos de Oriente, descubrir la estrella que les llevaría a postrarse a los pies del hijo de Dios. Estos hombres le llevaron al Niño regalos de oro, incienso y mirra. Era lo menos que podían dar a quien Dios Padre le había encomendado la misión de devolver al ser humano su pasaporte para la felicidad.

Todos los años, el mundo recuerda a esos pastores y a esos magos. Pero junto a ellos están los nuevos Herodes que quieren acabar la paz maravillosa de la Navidad. Esos nuevos adversarios del gran regalo que es Jesús Niño, se manifiestan con rostros variopintos para distraer a las familias del motivo auténtico de las celebraciones de Diciembre. Y en su terrible confusión han llevado a muchos niños a creer que el Niño Dios trae a la tierra juguetes, golosinas y en general regalos materiales.

La candidez de los pastores mirando al Niño en el pesebre, la han convertido estos nuevos Herodes en ojos muy abiertos frente a cajas de mil colores que guardan todo tipo de entretenimientos o en ojos llorosos de niños que pasan en blanco la noche, sin recibir nada de esa hermosa creatura que es nuestro Redentor. En algunos países los magos pasean por las ciudades entregando a la niñez arremolinada en las calles la algarabía y los regalos que nunca llegarán al Niño recién nacido. Ya no hay oro, incienso y mirra para Dios hecho hombre, lo que vemos es el espectáculo de una sociedad que se reúne para intercambiar presentes, comer y beber con mucho olvido de los pastores que están al raso musitando oraciones y canciones frente a montañas de corcho, ovejitas de anime, que hacen el marco de la Sagrada Familia de Nazaret.

...no podemos dejar que los nuevos Herodes la conviertan en un festejo pagano o equívoco, donde algunos olvidan que el gran regalo de la Navidad es Dios...

Muchas familias cristianas celebran con mucha sensatez el cumpleaños del Niño Jesús. Preparan no solo sus hogares, sino sus almas y sus cuerpos para entregar lo mejor de sí mismos en esa Noche Buena. En algunos países intercambian presentes como expresión de júbilo pero sobre todo agradecen en las celebraciones litúrgicas el don maravilloso de la Redención. En esa gran noche siempre tienen presente esa otra gran fiesta cristiana que es la Pascua de Resurrección. Porque como siempre hemos oído: si Jesús no hubiera resucitado vana sería la Navidad.

La Navidad es una gran fiesta de la Trinidad. Es la hermosa noche donde el cielo y la tierra se besan para preparar una gran cosecha de amor para el mundo. Es un tiempo de esperanza y de paz que no podemos dejar que los nuevos Herodes la conviertan en un festejo pagano o equívoco, donde algunos olvidan que el gran regalo de la Navidad es Dios con nosotros, es Jesús que está gritándonos desde las pajas frías que Él es el



Amor que todos esperan, el regalo verdadero que todos podemos recibir.

La nueva evangelización debería empezar por rescatar el sentido profundo de las fiestas de nuestra fe. Hoy más que nunca debemos volver a encontrar a los magos que llevan a Jesús sus regalos y a los pastores que ofrecen al Niño la sencillez de su oración y de su compañía en una noche solitaria, que Herodes no podía imaginar desde sus afanes de poder y de grandeza.

¿No estaremos en un buen momento para decir a todos los niños de la tierra que Jesús es el gran regalo de la Navidad y que sólo descubriendo esa verdad van a encontrar la auténtica felicidad? ¿No será apropiado el momento para que los niños compartan entre sí su fe, su misericordia y la solidaridad que el mundo espera?

Beatriz Briceño Picón

Félicité Robert de La Mennais que después cambiaría a Lamennais, (19 de junio de 1782 - 27 de febrero de 1854). Filósofo católico y teólogo francés. Pintor: Paulin Guérin

“La fe comienza donde termina el orgullo” Lamennais



CONSEJO EDITORIAL:
Luis Felipe Capriles
Ma. Denisse Fañanos de Capriles
Alfredo Gorrochotegui Martell
Luisana Graterón de Bethencourt
Gabriel Gutiérrez Vera

IMPRESA:
Organización Gráficas Capriles C.A.

PUBLICACIÓN MENSUAL PRODUCIDA POR:



PREMIO MONSEÑOR PELLÍN 2005

DISEÑO E ILUSTRACIONES:
Gerónimo Guevara

CONTACTOS:
www.venezuelaentrelines.com
entrelines@venezuelaentrelines.com
Telf.: (0212) 238.12.17 / 238.41.95

¿Es malo beber alcohol?

Una de las actividades sociales más comunes y ordinarias en nuestra vida es la de beber. Lo hacemos en diversas ocasiones y por diversos motivos. Brindamos por la salud y la felicidad de los recién casados, por el éxito en un negocio o la apertura de una nueva empresa, por el hecho de encontrarnos reunidos en familias o con amigos. Por el gusto de acompañar con un buen vino una buena comida. Para relajarnos y pasar un momento agradable, etc.



¿Es malo beber alcohol?

Diversas religiones y en diversos momentos históricos han hablado sobre el tema. Así, los protestantes fundamentalistas de los Estados Unidos lo tenían como uno de los pecados más graves y actualmente los musulmanes lo consideran como una desobediencia grande al Corán. Basta recordar que el castigo reservado a los que beben alcohol es el de recibir 80 latigazos.

¿Qué decimos nosotros los católicos? ¿Es pecado beber? ¿Es pecado emborracharse? ¿Hasta dónde puedo beber sin ofender a Dios?

No se condena el uso, sino el abuso. Podemos comer hasta saciar nuestro apetito. De ello se seguirá una buena salud que nos permitirá cumplir con nuestros deberes y llevar una vida sana. Se condena el abuso en la comida, el pecado de la gula, de la glotonería, que es comer más allá de las propias posibilidades, más allá de lo que es necesario para la subsistencia. No se condena el sexo, sino su uso fuera de los fines y de los ámbitos para los cuales Dios lo ha ideado.

La embriaguez o borrachera es opuesta al amor a uno mismo, ya que la privación momentánea del uso de la razón no se justifica por experimentar los placeres de la bebida. Es cierto que por motivos de salud se justifica la privación voluntaria del uso de la razón, como en el caso de la anestesia para una intervención quirúrgica, pero nunca para experimentar un placer, como lo es en el caso del alcohol.

Beber para pasar un rato agradable con los amigos, para degustar una buena comida, para celebrar un

acontecimiento feliz nunca será pecado. Su abuso es lo que constituye una ofensa a Dios. ¿Podemos establecer un límite y saber con precisión “hasta dónde es pecado y hasta dónde no lo es?” Las palabras claves en este caso son las de la privación voluntaria del uso de la razón. Cuando después de beber se experimentan los síntomas de la pérdida de la razón, entonces podemos hablar de pecado. ¿Cuáles son esos síntomas de la privación del uso de la razón? Pueden ser el no recordar cuanto se hizo o se dijo bajo los efectos del alcohol, o bien el realizar o decir cosas inusuales o que no haríamos en un estado normal.

¿Ponerse “alegre” será una manifestación de embriaguez y por lo tanto un síntoma de que se ha cometido pecado? ¿Cantar para quien no lo acostumbra es signo de que se ha pecado? La variedad de comportamientos que se pueden manifestar es enorme y querer trazar una línea divisoria entre lo que es pecado y lo que no es no corresponde a las intenciones de este artículo. Cada uno se irá conociendo, se irá midiendo y sabrá controlarse y tomar hasta el punto que su conciencia le dicte.

¿Una medida o una recomendación en el momento de beber? Bebe en la medida que tu comportamiento te permita seguir amando a Dios. Bebe, sí, como si tuvieras a Cristo como anfitrión y no te avergonzaras en ningún momento de presentarte ante Él.

Autor: Germán Sánchez Griese

Fuente: Catholic.net

La escurridiza felicidad de las mujeres

En las últimas décadas, el progreso de las mujeres en Occidente ha sido enorme. Aunque no todo es perfecto, se han ganado batallas importantes por la igualdad de oportunidades en la educación, la incorporación al mundo laboral y muchas otras libertades. Ahora bien, este giro no está exento de contradicciones. Un estudio reciente revela que los nuevos logros no han hecho que las mujeres se sientan más felices. Las autoras del estudio "The Paradox of Declining Female Happiness" son dos economistas de la Wharton School (University of Pennsylvania), Betsey Stevenson y Justin Wolfers.

Para medir el grado de felicidad de las mujeres, Stevenson y Wolfers han recurrido a numerosas encuestas realizadas en Estados Unidos y en Europa. Entre las más citadas están la General Social Survey y el Eurobarómetro. Todas, cada una a su modo, plantean el problema con preguntas directas: "¿Se considera usted muy satisfecha, ligeramente satisfecha, algo descontenta o muy descontenta... con su trabajo, su familia, su situación financiera, etc.?"

El estudio no pretende explicar cuáles son las causas que han provocado el descenso de la satisfacción de las mujeres americanas y europeas. Únicamente se limita a analizar una serie de datos para mostrar una desconcertante paradoja: la felicidad de las mujeres ha descendido en los últimos 35 años, precisamente en un período en el que han mejorado indudablemente su educación, sus ingresos, su situación profesional y social. Esas mejoras son datos objetivos, pero la satisfacción que procuran entra en el reino de la subjetividad y depende también de las expectativas que iban asociadas a esas metas.

En los años 60, las mujeres americanas se consideraban, como media, más felices que los hombres. Hoy, la satisfacción de los hombres ha crecido y supera a la de las mujeres. Por otra parte, el mayor descontento femenino traspasa las divisiones de clase y raza.

Este descenso general de la satisfacción de las mujeres admite interpretaciones ideológicas diversas. Así lo ha hecho notar el columnista Ross Douthat en el *New York Times* (27-05-2009). A su juicio, las progresistas verán en este estudio la confirmación de sus tesis: que la revolución feminista ha topado de lleno con un "techo de cristal". Por su parte, los conservadores harán



hincapié en el fracaso que ha supuesto el movimiento feminista radical.

Ciertamente, dice Douthat, el estudio admite ambas lecturas. Pero, por lo menos, progresistas y conservadoras podrían estar de acuerdo en dos cosas: una, que es preciso esforzarse para que sea más fácil conciliar el trabajo y la atención a la familia, lo cual es fuente de frustración para muchas mujeres; y otra, que el declive de la familia con padre y madre reduce la satisfacción vital de las mujeres que se ven obligadas a educar a sus hijos en solitario.

Para resolver estos problemas, Douthat propone que progresistas y conservadoras promuevan juntas políticas de apoyo a la maternidad. "Puede

que no compartan los fines, pero deberían compartir los resultados: un país donde sea más fácil conciliar familia y trabajo, con independencia de hacia qué lado pienses que debe inclinarse la balanza".

MÁS SOLAS

El estudio de Stevenson y Wolfers ha despertado el interés de algunos analistas americanos. En *ChristianityToday.com* (4-06-2009), la socióloga Lisa Graham McMinn considera que el descenso de la felicidad de las mujeres está relacionado con las expectativas –de signo individualista– que ha ayudado a crear el movimiento feminista contemporáneo.

"Compramos la creencia de que merecíamos una vida fácil y feliz, y ejercimos el derecho a ser todo lo que quisiéramos con tal de sentirnos realizadas. Incluso aunque eso nos llevara a romper compromisos, a dejar relaciones y a apartarnos de la fe en que crecimos. Este enfoque individualista no nos hizo felices, sino que nos dejó más solas".

Frente a este modo de pensar, McMinn propone un modelo de realización personal centrado en la ayuda a los demás. "Coincido con los pensadores de la Ilustración en que había que liberar a todos los miembros de la sociedad para que pudieran desarrollar sus posibilidades. Y coincido con el movimiento feminista en que esto debía incluir a las mujeres".

"Pero el individualismo sólo redime cuando se admite que el deseo de realización personal va unido a la idea hacer algo bueno por los demás. De manera que yo me ocupo de mí misma, me formo y persigo mis propios objetivos no en primer lugar para ser más feliz, sino porque pertenezco a un mundo que necesita que dé lo mejor de mí misma. Y cuando contribuyo al bien de los demás, entonces encuentro la felicidad".

Fuente: National Bureau of Economic Research

Amor de padres: el camino hacia el amor de Dios

Las analogías son necesarias para hablar de Dios, pues lo natural es que los hombres entendamos lo que no vemos a partir de aquello que vemos y nos es asequible.

Por eso un día, mientras intentaba explicar a un grupo de alumnas de trece años lo mucho que nos quería Dios, se me ocurrió asemejar ese amor tan grande con el amor que los padres tenemos a nuestros hijos. Mientras ponía ejemplos veía rostros extrañados; eran rostros de niñas que parecían no haber experimentado nunca lo que decía. Los ejemplos eran simples; pensaba que mostraban bien lo mucho que superaba el amor de Dios al que todo padre podía sentir hacia sus hijos, pues si los padres éramos capaces de tantas cosas por ese amor que nos movía, compararlo con el que Dios nos tiene podía llevar a comprender la pureza e inmensidad del amor divino. Se me ocurrió decir que así como una madre se desvela por un hijo enfermo, le cuida, le atiende y se esmera en mostrarle su amor con detalles que le ayuden a llevar mejor su enfermedad, *asimismo* Dios nos busca, nos ayuda y procura curar nuestras heridas hasta que descubramos su amor. Si una madre deja de dormir, dije yo, por tantas necesidades de un hijo, ¿qué no hará Dios? Los ejemplos, como he dicho, no exigían una heroicidad extrema. Estaba hablando de una simple fiebre, de una simple gripe, de un dolor de estómago que puede quitar el sueño a un hijo y, por ende, a nosotros. Además, pensaba yo, el amor de una madre no tiene límites. Lo difícil es imaginarse no queriendo a un hijo.

Muchos rostros, sin embargo, ante un ejemplo que exigía un traspaso temporal, mostraron no sentirse identificados con lo descrito. Una alumna expresiva dijo: "mi mamá nunca hace eso. Ella hace lo contrario. Si la despierto porque me duele la cabeza me dice que la deje dormir y que busque la pastilla yo misma". Varias contaron cosas parecidas, añadiendo que ante esas quejas, sus padres solían añadir que "ya estaban grandecitas para cuidarse solas". Confieso que escucharlas me dolió, pues cuando hay amor, como bien dice san

Agustín, uno termina amando lo que cuesta. Y cuando el amor hacia los hijos es grande, ¿qué puede costar cuidarlos?

Si nuestros hijos no perciben el amor noble de un padre o de una madre; si nuestros hijos no crecen sabiéndose fuertemente queridos por nosotros, ¿cómo descubrirán ese amor de Dios que nos trasciende? ¿Cómo comprenderán que el amor que les tenemos se funda en el que nosotros le tenemos a Dios? Si bien vemos, el origen del "problema" está precisamente aquí: *cuando el amor humano se tambalea es porque está fallando nuestro amor a Dios*. Nuestra capacidad de amar se debilita cuando no procuramos mantener purificado y vivo ese amor fundamental que es el de Dios. Este amor es como la fuente de la que mana el agua viva de la que habla Jesús. Sin Dios, en definitiva, no podremos amar bien a nadie, incluyendo a nuestros hijos. De aquí que pueda resultar difícil que ellos descubran a Dios en nosotros y, por ende, que comprendan y *crean* que existe efectivamente ese amor "más fuerte que la muerte". Los padres somos instrumentos de Dios. Podemos por eso servir de reflectores que irradian ese amor o de pantallas que lo ensombrezcan. La responsabilidad es grande, pues llevar a los hijos a Dios significa mostrarles el fin de este camino que es la vida.

Para comprender lo que no vemos, como veníamos diciendo, debemos ayudarnos con una comparación. Si queremos, por eso, que nuestros hijos amen a Dios y crezcan con un corazón profundamente satisfecho, debemos procurar amarles con el mismo amor de Dios. De este modo será Dios quien los atraiga hacia Sí mismo *a través* de nosotros. Sólo así crecerán con un corazón lleno; un corazón que no buscará suplir sus carencias con "amores aparentes". Un hijo que crece amado no buscará la droga, el alcohol, el sexo libre e irresponsable, ni tanta vacuidad que parecerá divertirlo y satisfacerlo cuando lo cierto es que sólo lo destrozará cada vez más. Un niño que ha crecido amado y que ha descubierto el

amor a Dios *sabe* en su intimidad que nada en esta tierra puede suplir lo esencial. Esto será así, sin embargo, si ha tenido unos padres que no buscaron nunca suplir ese amor fundamental con unos regalos materiales que llenaran el vacío que no supieron llenar.

Nuestros hijos establecerán las comparaciones en ese intento a veces inconsciente de comprender el mundo que les rodea: "si mamá me escucha con tanto cariño, ¡con cuánto cariño me escuchará Dios!"; "si papá me mira con tanto orgullo, ¡cuánto más confiará Dios en mí!"; "si mamá intuye todo lo que me ocurre a pesar de no haber dicho ciertas cosas, ¡cómo me conocerá Dios!"; "si papá me perdona en tanto tropiezo y luego me ayuda con cariño a levantarme, ¡cuánto me perdonará y ayudará Dios!"; "si mamá tiene tanta paciencia, ¡cuánta me tendrá Dios!"; "si la presencia de mis padres me inspira tanta seguridad y alegría, ¡cuánta seguridad me da saber que Dios me ve siempre y está siempre conmigo!"...y así tantas cosas!

El amor a Dios, por el contrario, puede también verse afectado si nuestros hijos no perciben el nuestro. En su interior percibirán, sin saberlo explicar, que un amor tan fuerte como dicen que es el de Dios, quizás no exista. Si crecen juzgados, corregidos hasta el infinito en las más mínimas cosas, muchas de ellas sin trascendencia; si crecen ironizados, siendo objeto de comparación constante; si son usualmente reubicados en diversos lugares porque los padres viajan con demasiada frecuencia y regresan quizás con regalos con los que buscan suplir la ausencia, ¿cómo asimilar que se es realmente querido? La verdad es que la comprensión de un amor así manifestado, no obstante se asegure que existe, es difícil de procesar en la mente de un niño. "Mi padre asegura quererme, pero nunca lo veo"; "mi madre insiste en que me ama, pero nunca me escucha"; "creen conocerme, pero ignoran por completo lo que pienso, siento y deseo"; "dicen que no pueden vivir sin mí, pero me cuida siempre otra persona"...

¡SALVEMOS AL MUNDO!
Cuidarlo es responsabilidad de TODOS...



Los ejemplos podrían multiplicarse hasta el infinito, pero con estos pocos parece bastar. El niño que es querido no necesita de palabras que se lo aseguren o expliquen, pues sencillamente lo sabe.

Lo importante es concientizar que en la medida en que conozcamos y amemos más a Dios, en esa misma medida penetraremos en la inteligencia y en el corazón de nuestros hijos. Si procuramos clarificar nuestro interior por medio de nuestro personal acercamiento a Dios, en esa misma medida alcanzaremos la intimidad de nuestros hijos, pues el amor busca conocer lo que ama y penetra hasta lo más íntimo cuando realmente existe. Alcanzar la intimidad del otro no supone aquí escrutar con violencia, ni forzar la conciencia del hijo, pues quien se sabe y siente amado se abre siempre libremente.

Ciertamente, amar a los hijos es algo muy natural. Lo normal es que todo padre sienta ese amor desde el instante en que sabe que ese hijo viene en camino. Sabemos, sin embargo, que el pecado obstaculiza ese amor natural y dificulta que muchos padres deseen incluso a ese hijo que viene en camino. Vemos, de hecho, que la sociedad pagana, endurecida, busca eliminar muchas veces a ese niño, de modo cada vez "más eficaz". Vivimos en un mundo tristemente desnaturalizado,

pues ese amor tan natural se torna, en ciertos casos, en el más agresivo odio que un bebé puede encontrar en su camino. Ante tal magnicidio, el hecho de que la adolescente busque su propia pastilla para bajar su fiebre queda reducido, ciertamente, a un detalle de poca monta.

Un mundo sin Dios es un mundo sin amor. Por eso la intimidad familiar no puede ser sana sin Dios. Sólo el amor da seguridad. De aquí que el amor de los padres sea lo que permitirá que nuestros hijos salgan al mundo con la fuerza necesaria para ayudar a tantos y para enfrentar, también, tantas dificultades con ánimo juvenil. Nuestros hijos se entristecen cuando este amor falla, pues inconscientemente procesan que si ese amor se quiebra, si tantos amores se quiebran en esta vida, ¿quién podrá asegurar que el de Dios no se quebrará? El amor, en definitiva, la realidad de saberse querido con nombre y apellido, así, individualmente, es lo único que da fuerzas para vivir y llena de profunda alegría la existencia.

Evidentemente Dios está siempre muy por encima de nuestras pocas fuerzas. El sabe bien cómo acercarse a un alma que no experimentó el amor fuerte de unos padres que le quisieron bien. Sabemos también, sin embargo, que el itinerario de su encuentro a Dios resultará un poco más

cuesta arriba, pues las carencias dificultan la recta comprensión de las cosas.

Vale la pena, entonces, que los padres hagamos con frecuencia un examen de conciencia hondo para descubrir humildemente en la confesión todos aquellos obstáculos que impiden que nuestros hijos experimenten con más fuerza el amor de Dios: ese amor más fuerte que la muerte, que nunca defrauda y que nunca se quiebra; que siempre perdona y comprende; que nunca ironiza ni se jacta.

Podríamos argumentar que nuestros hijos verán siempre nuestras debilidades. ¿Cómo lograr, entonces, que vean a Dios en nosotros?

La respuesta es clara: nuestros hijos ven y verán siempre, claro está, nuestras debilidades y errores; pero si nos ven luchar, confesarnos con humildad y rezar; si nos ven buscar constantemente más amor *en* Dios, comprenderán que ese amor divino es más fuerte que el nuestro y es realmente el único perfecto y puro. Comprenderán que amar es luchar por amar más, pues efectivamente no somos perfectos ni se espera que lo seamos, ya que necesitaremos luchar hasta el final. La perfección que Dios nos pide no es externa, como si se tratase de imitar un modelo seco; la perfección es interior y tiene que ver más con nuestro deseo de ser mejores y de hacer siempre la Voluntad de Dios. Entenderán, de este modo, que la vida es lucha y el amor de Dios un proceso que tiene que ver más con la necesidad de purificar nuestro corazón que con la exterioridad de "cumplir" una serie de normas sin procurar su interiorización.

Siempre podemos amar más; por eso es tan importante que concienticemos que la santidad de nuestros hijos y por tanto, su felicidad, depende de nuestra lucha, pues como bien decía Juan Pablo II, "(...)el deseo de santidad se desarrolla mucho mejor cuando encuentra a su alrededor el clima favorable de una buena familia. ¡Qué importante es el ambiente familiar! Los santos generan y forman santos"¹.

¿Cómo podremos entonces llevar a nuestros hijos a Dios? Acercándonos a Él, generosamente, nosotros primero. A esto se reduce todo.

Ofelia Avella de Sanabria
ofeliavella@cantv.net

¹En *¡Levantaos! ¡Vamos!*, Plaza y Janés, Barcelona 2004, pág.96.



¿Cuál modelo se pondrá tu hijo HOY?

**No dejes que el tiempo pase,
háblale a tus hijos de las drogas...**



Un empresario de buena pasta

Un buen día, Enzo Rossi, empresario italiano de 42 años, volvió a casa con una idea "loca" en la mente: siendo el dueño de la fábrica de pasta Campofilone, en Ascoli Piceno, decidió por un mes asignarse el mismo salario que pagaba a sus empleados. Quería saber si era posible vivir con ese dinero. Un experimento.

Su esposa y sus dos hijas estuvieron de acuerdo (no sabemos con cuanto entusiasmo...). Comenzaron. Como era necesario llegar al final de mes, planearon los gastos cuidadosamente. Comenta Enzo: «Hicimos cuentas. Apartamos el dinero para la mensualidad de la casa, el seguro del carro, las cuentas de la luz y el agua, etc. Con lo que quedó afrontamos los demás gastos».

Los días seguían pasando. Las hijas tuvieron que renunciar a varios caprichos y se tuvieron que conformar también con una mesada más modesta. Enzo renunció por su parte al cigarro, su esposa a la peluquería, etc.

Siguieron adelante: una, dos, tres semanas... y el día 20 se dieron cuenta de que ya no había dinero. Terminó el experimento.

Fue una buena lección para el dueño de Campofilone, cuyos espaguetis son «sutilísimos hilos de pasta al huevo». Se dio cuenta de que sus empleados difícilmente podían vivir con lo que les pagaba y decidió subirles el salario un 20 por ciento.

La decisión, en cierto modo, no fue puramente humanitaria. Comenta: «Lo confieso, aumenté los salarios también por una razón egoísta, pues ¿cómo trabajará una madre de familia con la preocupación de que no podrá llegar al final del mes? Si tiene esa inquietud, ¿dónde tendrá la cabeza durante el trabajo? Las manos de las empleadas que preparan la pasta son el tesoro de mi fábrica. Es justo que sean recompensadas».

Enzo recuerda una de las máximas que le enseñó su padre: «Un empresario enamorado sólo del dinero no es un gran empresario».

Ciertamente Campofilone, una empresa de tamaño medio, contaba con un margen de maniobra para subir los salarios. Posiblemente otras empresas tengan menos posibilidades, pero con buena voluntad siempre se puede hacer algo. Por lo menos, se podría hacer un experimento semejante...

Una última reflexión. Si bien no es igual en todos los países, sin embargo podemos decir que existe una convicción, más o menos generalizada, de que los empresarios son personas totalmente indiferentes a la suerte de sus obreros. Posiblemente los habrá, pero sería una injusticia decir que todos son así. También hay empresarios que piensan en sus empleados. Sería el caso de Enzo Rossi.

Marco Antonio Batta
www.buenas-noticias.org



Navidad: Ocasión para meditar sobre el sentido de la existencia

Publicamos extractos de la catequesis de Benedicto XVI en la última audiencia general de 2008, celebrada en el Aula Pablo VI, sobre la Navidad: "Una fiesta universal". CIUDAD DEL VATICANO, 17 DE DICIEMBRE DE 2008

"También los no creyentes -dijo- perciben en esta festividad cristiana algo extraordinario y trascendental, algo íntimo que toca el corazón. Es la fiesta que canta el don de la vida. El nacimiento de un niño tendría que ser siempre un acontecimiento alegre".

"La Navidad es el encuentro con un recién nacido que llora en una mísera gruta -agregó el Santo Padre-. Contemplándolo en el Nacimiento, ¿cómo no pensar en tantos niños que todavía hoy, en muchas regiones del mundo nacen en medio de la pobreza? ¿Cómo no pensar en los recién nacidos rechazados, los que no consiguen sobrevivir por falta de cuidados? ¿Cómo no pensar también en las familias que querrían la alegría de un hijo y no ven colmada esta esperanza?".

"Desgraciadamente, bajo el empuje de un consumismo hedonista, la Navidad corre el peligro de perder su significado espiritual para convertirse en una mera ocasión comercial de compras e intercambio de regalos. En verdad, sin embargo, las dificultades, la incertidumbre y la crisis económica que en estos meses viven tantas familias y que toca a la entera humanidad, pueden servir de estímulo para redescubrir el calor de la sencillez, de la amistad y de la solidaridad, valores típicos de la Navidad. Despojados de la costra materialista y consumista, la Navidad puede convertirse en una ocasión para acoger, como regalo personal, el mensaje de esperanza que emana del misterio del nacimiento de Cristo".

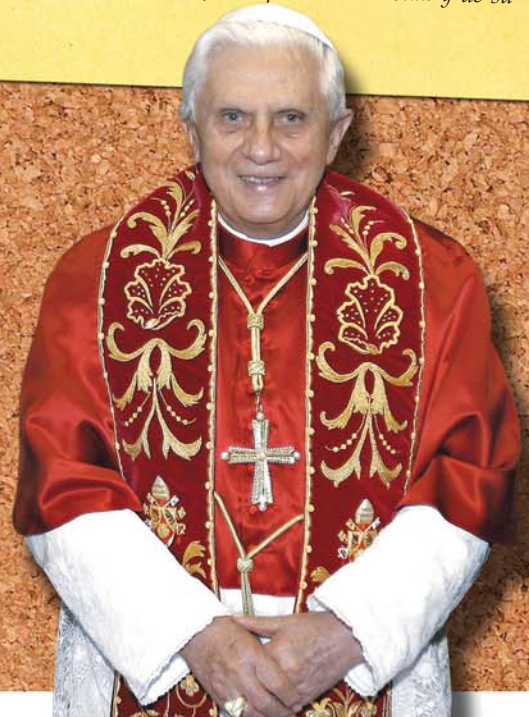
"Sin embargo, no basta todo esto para captar en su plenitud el valor de la fiesta para la que nos preparamos. Sabemos que celebra el acontecimiento central de la historia: la Encarnación del Verbo divino para la redención de la humanidad. (...) Se renueva así para nosotros en el recurrente ciclo anual el misterio de nuestra salvación, que, prometido al inicio y concedido al final de los tiempos, está destinado a durar sin fin".

"En Navidad, por lo tanto, no nos limitamos a conmemorar el nacimiento de un gran personaje, no celebramos en abstracto el misterio del nacimiento del ser humano o en general el misterio de la vida. (...) En Navidad recordamos algo muy importante y concreto para los seres humanos y esencial para la fe cristiana, una verdad que San Juan resume en estas palabras: "El Verbo se hizo carne". Se trata de un hecho histórico que el evangelista Lucas se preocupa por situar en un contexto histórico determinado: en los días en que se emanó el decreto para el primer censo de Cesar Augusto".

"En la oscuridad de la noche de Belén se encendió una luz: el Creador del universo se encarnó uniéndose indisolublemente y para siempre a la naturaleza humana, hasta el punto de ser "Dios de Dios, luz de luz" y al mismo tiempo, verdadero hombre. Lo que Juan llama "el Verbo" (...) significa también el Sentido" y "el Sentido que se hizo carne no es solo una idea general grabada en el mundo; es una Palabra que se dirige a nosotros".

"El Sentido tiene poder: es Dios. Un Dios bueno que no hay que confundir con un ser excelso y lejano al que no podemos llegar, sino un Dios que se hizo prójimo nuestro y está cerca de nosotros" y "Dios se nos muestra como un niño pequeño para vencer nuestra soberbia. (...) Se hizo pequeño para librarnos de la pretensión humana de grandeza que brota de la soberbia; se encarnó libremente para hacernos libres de amarlo".

"La Navidad -concluyó el Papa- es una oportunidad privilegiada para meditar sobre el sentido y el valor de nuestra existencia. La proximidad de esta solemnidad nos ayuda a reflexionar, por una parte, sobre el dramatismo de la historia en la que los seres humanos, heridos por el pecado, están perennemente en búsqueda de la felicidad y de un sentido del vivir y el morir; por otra, nos exhorta a meditar sobre la bondad misericordiosa de Dios, que salió al encuentro del ser humano para comunicarle directamente la Verdad que salva y para hacerlo partícipe de su amistad y de su vida".



J-304813872


TOYOAVILA
Tecnología para servir

**La marca preferida
de la familia venezolana**



Dios siempre llega en el momento justo

Todos los Domingos por la tarde, después de la misa de la mañana en la iglesia, un papá y su hijo de 11 años iban al pueblo a repartir volantes a cada persona que veían. Este Domingo en particular, cuando llegó la hora de ir al pueblo a repartir los volantes, el tiempo estaba muy frío y comenzó a llover.

El niño se puso su ropa para el frío y le dijo a su padre:

-OK, papá, estoy listo.

Su papá, le dijo, ¿Listo para qué?

-Papá, es hora de ir afuera y repartir nuestros volantes.

El papá respondió, -Hijo, esta muy frío afuera y está lloviendo.

El niño miró sorprendido a su padre y le dijo: -Pero Papá, la gente necesitan saber de Dios aún en los días lluviosos.

El Papá contestó, -Hijo yo no voy a ir afuera con este tiempo.

Con desespero, el niño dijo, -¿Papá, puedo ir yo solo, por favor?

Su padre titubeó por un momento y luego dijo, -Hijo, tú puedes ir. Aquí tienes los volantes, ten cuidado.

-¡Gracias papá!

Y con esto, el hijo se fue debajo de la lluvia. El niño de 11 años caminó todas las calles del pueblo, repartiendo los volantes a las personas que veía.

Después de 2 horas caminando bajo la lluvia, con frío y su último volante, se detuvo en una esquina y miró a ver si veía a alguien a quien darle el volante, pero las calles estaban totalmente desiertas. Entonces él dio vuelta hacia la primera casa que vio, caminó hasta la puerta del frente, tocó el timbre varias veces y esperó, pero nadie salió.

Finalmente el niño se volteó para irse, pero algo lo detuvo. El niño se volteó nuevamente hacia la puerta y comenzó a tocar el timbre y a golpear la puerta fuertemente con los nudillos. Él seguía esperando, algo lo aguantaba ahí frente a la puerta. Tocó nuevamente el timbre y esta vez la puerta se abrió suavemente.

Salió una señora con una mirada muy triste y suavemente le preguntó:

-¿Qué puedo hacer por ti, hijo?.

Con unos ojos radiantes y una sonrisa que le cortaba las palabras, el niño respondió:

-Señora, lo siento si la molesté, pero sólo quiero decirle queDIOS REALMENTE LA AMA y vine a darle mi último volante, que habla sobre DIOS y SU GRAN AMOR.

El niño le dio el volante y se fue.

Ella solo dijo:

-GRACIAS, HIJO, y que DIOS te bendiga.

Bien, el siguiente domingo por la mañana el sacerdote estaba en el púlpito y cuando terminó la misa preguntó:

-¿Alguien tiene un testimonio ó algo que quiera compartir?.



Suavemente, en la fila de atrás de la iglesia, una señora mayor se puso de pie. Cuando empezó a hablar, una mirada radiante y gloriosa brotaba de sus ojos:

-Nadie en esta iglesia me conoce. Nunca había estado aquí, tenía muchos años que no iba a misa.

Mi esposo murió hace un tiempo atrás dejándome totalmente sola en este mundo.

El domingo pasado fue un día particularmente frío y lluvioso, y también lo fue en mi corazón; ese día llegué al final del camino, ya que no tenía esperanza alguna ni ganas de vivir.

Entonces tomé una silla y una soga y subí hasta el ático de mi casa. Amarré y aseguré bien un extremo de la soga a las vigas del techo; entonces me subí a la silla y puse el otro extremo de la soga alrededor de mi cuello.

Parada en la silla, tan sola y con el corazón destrozado, estaba a punto de tirarme cuando de repente escuché el sonido fuerte del timbre de la puerta.

Entonces pensé, "Esperaré un minuto y quien quiera que sea se irá".

Yo esperé y esperé, pero el timbre de la puerta cada vez era más insistente, y luego la persona comenzó a golpear la puerta con fuerza.

Entonces me pregunté: ¿QUIEN PODRÁ SER?

¡Jamás nadie toca mi puerta ni vienen a verme!

Solté la soga de mi cuello y fui hasta la puerta, mientras el timbre seguía sonando cada vez con mayor insistencia.

Cuando abrí la puerta no podía creer lo que veían mis ojos, frente a mi puerta estaba el más radiante y angelical niño que jamás había visto.

¡Su sonrisa nunca podré describirla! Las palabras que salieron de su boca hicieron que mi corazón, muerto hace tanto tiempo, volviera a la vida, cuando dijo con voz de querubín: "SEÑORA, sólo quiero decirle que DIOS realmente la ama".

Cuando el pequeño ángel desapareció entre el frío y la lluvia, cerré mi puerta y leí cada palabra del volante.

Entonces fui al ático para quitar la silla y la soga.

Ya no las necesitaría más. Como ven. . . ahora soy una hija feliz de Dios.

Como la dirección de la iglesia estaba en la parte de atrás del volante, yo vine personalmente a decirle GRACIAS a ese pequeño ÁNGEL DE DIOS que llegó justo a tiempo y, de hecho, a rescatar mi vida de una eternidad en el infierno.

Todos lloraban en la iglesia.

En la primera banca estaban sentados el padre y su hijo, éste tomó a su hijo en sus brazos y lloró incontrolablemente.

Cosas que alejan de Dios

- 1) SUPERFICIALIDAD
- 2) INCONSTANCIA
- 3) AMOR A LAS RIQUEZAS
- 4) BÚSQUEDA DEL PLACER
- 5) PREOCUPACIONES DE LA VIDA
(AÚN LAS MÁS NOBLES)

Cásate con una persona con la que te guste conversar. Cuando llegue la vejez esta habilidad será más importante que cualquier otra.